

PALABRAS

por Gerver Torres

(1) Con frecuencia utilizamos expresiones como “son solo palabras”, “las palabras se las lleva el viento” o “no prestes atención a las palabras, fíjate solo en los hechos”. Son locuciones coincidentes con la creencia generalizada según la cual la palabra es liviana, inmaterial, intrascendente, perecedera; en síntesis, de poco valor. La concebimos como algo opuesto a los “hechos”, que, por su parte, los asumimos como entidades duras, objetivas, materiales y concretas. Una de las posibles razones para esta percepción de intrascendencia de la palabra tiene que ver quizá con el hecho de que hablar, pronunciar palabras, es una de las actividades más 22, si no la más, que practicamos como seres humanos. Se ha calculado que una persona pronuncia de promedio unas 70 000 palabras al día. Las utilizamos tanto, tan repetidamente, y también para asuntos tan ordinarios y triviales, que se nos olvida su poder y su valor.



(2) La verdad es que las palabras son también hechos, y muchas veces hechos convincentes, duros, que pueden tener tanta o más trascendencia que acciones físicas o materiales. El gran psicoanalista francés Jacques Lacan hablaba de “la eficacia material de la palabra” aludiendo precisamente a ese enorme potencial de impacto que tiene. Es comprensible que tal expresión venga de un psicoanalista, quien, como tal, conoce la capacidad de la palabra como instrumento de terapia y curación. Una palabra nos puede derrumbar con tanta fuerza como la de un martillazo, y otra, levantarnos con la energía de un buen empujón. Somos muchos los que llevamos para siempre con nosotros la cicatriz o el tesoro de algo horrible o de algo bello que nos dijeron en algún momento de nuestras vidas.

(3) Pero el potencial de impacto de la palabra para producir bien o mal es asimétrico. Algunos estudios indican que se necesitan cinco positivas, por ejemplo, de elogio, para compensar una negativa, por ejemplo, irrespetuosa o humillante. Esa proporcionalidad es importante tenerla en cuenta porque solemos creer que una palabra desafortunada o injusta, la podemos corregir o deshacer con otra de valor opuesto. No es así.

(4) Cuando enumeramos algunos de los usos de las palabras que no aplicamos lo suficiente, colocamos entre los primeros lugares el reconocimiento al otro. Con esta acción que practicamos poco, ocurre algo extraño de explicar. Es algo de lo que todos tenemos gran
40 necesidad; que se puede producir en gran medida a través de la palabra –es decir, que en principio parece de bajo coste producirlo– y de lo cual, sin embargo, hay mucha escasez. Para un economista es difícil entender este fenómeno. Si el reconocimiento se agradece y tiene un alto impacto positivo, ¿cómo puede ser que haya escasez de algo que tiene gran
45 demanda, cuesta poco realizar y sus productores pueden ser altamente retribuidos?

(5) En algunos ámbitos de nuestras vidas se ha medido ese impacto. Por ejemplo, se sabe que el compromiso laboral, esto es, el grado de entrega y dedicación a nuestro trabajo, está altamente influenciado por el
50 reconocimiento periódico que recibimos de nuestros jefes y colegas de trabajo cuando así lo merecemos. Este a su vez –el compromiso laboral– afecta a variables específicas que van desde la productividad que alcanzamos hasta nuestro bienestar general como individuos. Tal vez a muchos responsables de equipos o empresas no se les ocurre pensar
55 que sus palabras pueden afectar de manera tan importante a la productividad de las personas a quienes dirigen y a su bienestar general.

(6) En síntesis, se trata de ser más conscientes 27 de la palabra; del mundo que construimos o podemos edificar con ella, fuera y dentro de nosotros mismos. Con ella podemos hacer mucho más de lo que
60 pensamos. En este caso, en vez de decir “¡manos a la obra!”, podemos gritar “¡manos a la palabra!”.

adaptado de: www.elpaissemanal.elpais.com, 12-02-2017